



Saint-Pierre, Héctor Luis

# Don Samuel Ruiz, el obispo guerrillero de Chiapas y la declaración de Guerra de la Selva Lacandona



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.  
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

*Cita recomendada:*

*Saint-Pierre, H.L. (2001). Don Samuel Ruiz, el obispo guerrillero de Chiapas y la declaración de Guerra de la Selva Lacandona. Revista de ciencias sociales, (12), 63-84. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes*  
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1178>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

## **Don Samuel Ruiz, el obispo guerrillero de Chiapas y la declaración de Guerra de la Selva Lacandona\***

**Héctor Luis Saint-Pierre\*\***

### **Presentación**

Actualmente nadie ignora la importancia del papel jugado por la Diócesis de San Cristóbal de Las Casas en el conflicto que se desencadenó en el Sudeste de México, en el pauperizado estado de Chiapas, en la alborada del primer día de 1994. En aquellos momentos y ante la actitud subordinada del enigmático “Sub” Comandante Marcos, muchos imaginaron que el verdadero “Comandante” del flamante Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) era el propio obispo de la Diócesis, el *Tátic*<sup>1</sup> de todos los indios, Don Samuel Ruiz García. El preconceito racial que aún conserva una parte de la clase intelectual

\* Entrevista realizada con Don Samuel Ruiz García, obispo de la Diócesis de San Cristóbal de Las Casas, estado de Chiapas, durante una investigación sobre zapatismo realizada en México en el primer semestre de 1999. Sin los generosos oficios del señor Miguel Álvarez Gándara, ex-secretario de la Comisión Nacional de Intermediación (CONAI), seguramente esta entrevista no hubiera sido posible: aquí dejo expresado mi reconocimiento y agradecimiento. Esta investigación fue financiada por la FAPESP (Fundação de Amparo à Pesquisa do estado de São Paulo).

\*\* Profesor del Departamento de Estudos Sociais Básicos e Educação y Director del Centro de Estudos Latino Americanos (CELA) de la Universidade Estadual Paulista (UNESP – Franca).

<sup>1</sup> “Tátic” es el nombre por el cual se conoce a Don Samuel Ruiz dentro de las comunidades indígenas. La palabra significa “padre” y representa sumo respeto a la autoridad que despiertan algunas personas. Don Samuel ganó esa honra por su trabajo permanente junto a los indios, entre los cuales mostró comprensión por sus problemas y respeto por sus formas de pensar, su ideología y sus visiones del mundo.

mexicana los llevó, en aquel momento, a pensar que, dado el sorprendente grado de organización demostrado en las primeras escaramuzas por el EZLN, “eso no podía ser cosa de indios”, como afirmó –y después se rectificaría– el escritor Octavio Paz. De ahí a construir la imagen de un levantamiento de indios y campesinos descontentos insuflados, organizados y dirigidos por la Iglesia de Chiapas fue un trámite fácil y bien recompensado por la prensa oficial para los literatos del Distrito Federal, alejados geográfica e ideológicamente de los problemas del sur: el fantasma del “obispo guerrillero” había sido creado.

Tratando de reconstruir los acontecimientos que habían sacudido como un movimiento tectónico la modorra política del continente, supuse que debería buscar la “verdadera” historia entre la imagen de ese obispo guerrillero y la absoluta neutralidad de la Diócesis de San Cristóbal en la insurgencia de Chiapas. Ambas posiciones constituirían los límites del camino donde debería concentrar mi investigación: ¿cuál habría sido el verdadero “peso” causal de la Iglesia de Chiapas en los acontecimientos insurreccionales que despertaron al Continente en aquella gesta? ¿Qué imputación cabría a Don Samuel Ruiz, obispo de San Cristóbal, en la orientación de la Iglesia de Chiapas en aquella dirección? Estas eran apenas algunas de las preguntas para las cuales buscaba una respuesta por las estrechas callejuelas empedradas de San Cristóbal de Las Casas en la primavera mexicana de 1999.

Además del relevamiento bibliográfico y de la abundante documentación sobre la situación de la región antes, durante y después del conflicto; de entrevistar a varios de los actores que tomaron parte de los acontecimientos y de revisar cuidadosamente los procesos judiciales de las diferentes Comisiones de Derechos Humanos oficiales y no gubernamentales, se llegaba la hora de la entrevista a Don Samuel Ruiz. Aquí presentamos el resultado de una accidentada entrevista (el grabador se recusó a hacer su parte) que el ilustre obispo de San Cristóbal de Las Casas me concedió el sábado 1° de mayo de 1999, en su oficina de la Diócesis. Fue la primera entrevista que Don Samuel concedió después de más de un año en que se mantuvo

en silencio intentando evitar lo que llamó de “tergiversaciones” de la prensa.

### **Introducción: Chiapas, una historia de exclusión, luchas indígenas y el obispo**

Desde el comienzo de la colonización, Chiapas ha sido palco de numerosos levantamientos indígenas y violentas luchas campesinas. Fue en este mismo escenario, hace más de cuatrocientos años, que otro representante de la Iglesia se colocó por primera vez del lado de los indios: fray Bartolomé de Las Casas. Las similitudes entre este primer obispo de Chiapas y Don Samuel Ruiz no son pocas y ya fueron bastante destacadas por Enrique Krauze.<sup>2</sup> Ambos llegaron al Sur de México imbuidos de un fuerte prejuicio contra los indios, lo que rápidamente iría mudando, en la medida en que fueron percibiendo la situación de miseria y explotación a que eran sometidos esos nativos de este Continente por un lado, contrastando con la sensibilidad y expresividad cultural y estética que mostraban, por el otro. El primero de los obispos, español, defendió la tesis de que los indios, contrariamente a los negros, poseían alma como los blancos; el segundo, mexicano, se abocó a defender que los indios tenían los mismos derechos y eran tan ciudadanos como los “coletos”. Los dos fueron sacudidos por la realidad de explotación y marginalización en que se encontraban los indios, ambos sintieron la obligación moral y pastoral de hacer todo lo posible por revertir de una vez esa situación.

Así como su antecesor, Samuel Ruiz tampoco es de Chiapas: él nació en Irapuato, Guanajuato, diócesis de León, el 3 de noviembre de 1924. Se ordenó sacerdote el 2 de abril de 1949 en el Seminario Conciliar de León, donde estudió, fue profesor y rector hasta el 14 de noviembre de 1959, año en que fue de-

<sup>2</sup> Krauze, Enrique: “El profeta de los indios”, en revista *Letras Libres*, México, año I, N° 1, enero 1999, pp.10-19.

signado obispo para ser consagrado en la propia diócesis de San Cristóbal, siendo que esa sería la primera consagración en esta ciudad, el 23 de junio de 1960. Don Samuel llegó a este estado del sur de México el 25 de enero de 1960 contando con 35 años de edad. En la época en que pisó esa tierra por primera vez, la diócesis abarcaba todo el estado, cubriendo sus 77.500 km<sup>2</sup> y contando con prácticamente 1.200.000 habitantes, entre los cuales el 97,5% nominalmente profesaban el catolicismo. En esta amplia región convivían indígenas de diferentes pueblos: tzotziles, chamulas, tzeltales, tojolabales, con lenguas y culturas diferentes.

La primera carta pastoral del novísimo obispo de Chiapas fue una diatriba contra la Revolución Cubana, en la cual advertía sobre los peligros de la “infiltración comunista”,<sup>3</sup> dándoles a sus sacerdotes instrucciones precisas para que se preparasen para actuar contra la “marea roja” que amenazaba el Continente desde la vecina isla. Ante la situación de los indios, su primer propuesta fue “enseñar castellano para ellos, vestirlos con zapatos y mejorar su dieta”.<sup>4</sup> Nadie podría imaginar en aquel momento que, 34 años más tarde, el mismo obispo sería tildado de “obispo rojo”<sup>5</sup> en las furiosas manifestaciones de los coletos blancos acomodados del estado. Así, Samuel Ruiz sería una figura central en la inesperada Declaración de Guerra de la Selva Lacandona que empañara el recién firmado Tratado de Libre Comercio (TLC) entre México y sus vecinos del Norte.

<sup>3</sup> En su Exhortación Pastoral, el entonces recientemente consagrado obispo decía: “... detrás de una doctrina que toma como bandera la justicia social, el comunismo se fue infiltrando al esgrimir la antigua arma de la falsedad, la hipocresía, el engaño y la calumnia; habiendo logrado que muchos vean la hoz y el martillo como un símbolo de libertad y reivindicación social, sin que perciban el fondo ROJO de iniquidades y crímenes sin cuenta con que este destruidor del sistema se ha impuesto donde ha colocado su garra opresora”, *Appud*. Reyes A. F. y Zandúbal Carboney M.A. *Samuel Ruiz. Su lucha por la paz en Chiapas*. México, Ediciones del Milenio, 1995, p. 20.

<sup>4</sup> Samuel Ruiz, *Appud*. Womack, John Jr. *Chiapas, el obispo de San Cristóbal y la revuelta zapatista*, México, Ed. Cal y Arena, 1998, p. 47.

<sup>5</sup> Isabel Arvide se refiere a él como “obispo guerrillero” cuando lo acusa de defender criminales. Ver *La guerra de los espejos*, México, Océano, 1998, p. 25.

Entre su primera carta pastoral y la insurrección armada zapatista acontecieron muchas cosas que contribuirían para alterar radicalmente su visión del mundo. De ser un abnegado soldado de Pío XII, fervoroso defensor de la encíclica *Rerum Novarum* al grito de “¡Cristianismo sí, comunismo no!”, al Concilio Vaticano II, a los encuentros de Puebla (México) y hasta asumir el secretariado de la Comisión Episcopal Latinoamericana (CELA), la realidad de miseria y marginación de las comunidades indígenas de América Latina habían provocado un giro de 180 grados en su percepción sobre la misión de la Iglesia en Chiapas.

Algunos momentos de este recorrido ideológico existencial pueden ser destacados: en su primer paseo por la diócesis de Chiapas notó la discriminación y marginalidad en que se encontraba el indio, pero también percibió que la dimensión geográfica de su diócesis constituía un serio inconveniente para administrarla con eficiencia. En relación a su primera observación, Don Samuel comenzó a desarrollar políticas específicas para los indígenas (que irían mudando lentamente hasta llegar a su posición actual) y, con relación a la segunda, dividió la diócesis de Chiapas, transformando su sede en la diócesis de San Cristóbal de Las Casas y creando una nueva, la diócesis de Tuxtla Gutiérrez. Sus propuestas iniciales para con los indios eran de tipo claramente asistencialista y mostraban su casi total desconocimiento de la realidad cotidiana de aquellos. Con relación al trabajo pastoral, primero intentó enseñar el idioma castellano a los indios y “blanquearlos” por medio del catecismo y de la provisión de zapatos.<sup>6</sup> Cuando notó que los problemas de comprensión de las Sagradas Escrituras no eran resueltas con la enseñanza del castellano, comenzó a traducir la Biblia para varias lenguas que él mismo había aprendido. Aún así, la intermediación de un catequista blanco entre la Biblia y el indio, que desconocía la realidad y la mitología indígena, fue un factor claramente limitador para su esfuerzo. Finalmente partió para la

<sup>6</sup> De regreso de su primer viaje por la diócesis presentó su nuevo plan para los indios: “enseñarles castellano, calzarles zapatos y mejorar su dieta”. Ver de Womack Jr., J., *op. cit.*, p. 47.

estrategia de formar catequistas originarios de las propias comunidades indígenas que, a partir de las diferentes lenguas y costumbres que componen el mosaico lingüístico y cultural chiapaneco, comenzaron a transmitir el mensaje divino de manera comprensible para la cosmovisión indígena. Sin embargo, aún faltaba alguna cosa que tornara esta estrategia eficaz, pues los indios notaban que la historia contada en la Biblia correspondía a otro pueblo que nada tenía que ver con ellos. No conseguían sentir esa historia narrada en las Sagradas Escrituras como siendo su propia historia. No existían nexos entre la historia de aquel pueblo en busca de su tierra prometida y la historia de estos pueblos con sus tierras secuestradas durante siglos por el invasor europeo y blanco. Las migraciones de los indígenas pobres y sin tierras para el Este, en dirección a la selva, ofrecería a Don Samuel la clave que estaba faltando al rompecabezas bíblico: el éxodo indígena en busca de una tierra de paz y abundancia permitiría la identificación de su destino con el de aquel otro pueblo. El nexo entre ambas historias, lo común a ambos pueblos, era la búsqueda de una tierra prometida donde se podría finalmente trabajar en paz. El catecismo ahora hablaba de la epopeya del indio y lo hacía en su propia lengua a través de sus propios representantes.

De esa manera se fue montando lo que maliciosamente Krauze llamó el “Ejército Catequista de Liberación Nacional” para llegar hasta las comunidades indígenas más alejadas y evitar que los pastores protestantes continuasen con el “robo de ovejas” de los corrales de su diócesis. Sin embargo, las comunidades no requerían solamente de contención espiritual. La necesidad de tierra para vivir y trabajar, de condiciones justas para vender sus productos, de condiciones sanitarias y de salud, así como de educación, eran urgencias para las cuales los poderes constitucionalmente establecidos, tanto locales, cuanto estatales y también federales, permanecían, como históricamente permanecieron, absolutamente indiferentes. Estas necesidades de las comunidades indígenas que, por un lado, generaban el éxodo en dirección a los altos de la selva Lacandona, también provocó, por otro, un malestar creciente entre los indígenas. En

este contexto se realizó el I Congreso Nacional Indígena, pieza fundamental para comprender la histórica confluencia de indios de diferentes comunidades y etnias, guerrilleros marxistas-leninistas y maoístas remanentes de la década del sesenta y la particular Iglesia de Chiapas, para constituir el ejército brancaleónico que irrumpió en las editoriales de los periódicos de todo el mundo el 1° de enero de 1994, bajo el pretencioso nombre de Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

En 1974 se conmemoraban los 150 años de la incorporación cultural de Chiapas (la "mexicanidad") y el gobernador del estado, Dr. Manuel Velasco Suárez, no quería dejar pasar la fecha en blanco. Para evitar eso, imaginó un evento académico que reuniese importantes figuras de la intelectualidad mexicana y española para discutir la vida y la obra de fray Bartolomé de Las Casas. Obviamente, siendo el primer obispo de Chiapas el que sería recordado en esta oportunidad, el gobernador no podía dejar de consultar a Don Samuel Ruiz, que en esa fecha se desempeñaba como obispo de la diócesis de San Cristóbal. Cuando fue consultado, éste consiguió convencer al gobernador de que lo mejor sería dar un sentido fundamentalmente indígena al Congreso, pues fueron justamente los indios quienes habían inspirado la obra y la reflexión de fray Bartolomé. Convencido, el gobernador percibió rápidamente que él mismo carecía de la necesaria capacidad de articulación para convocar a las diferentes etnias y grupos indígenas y que cualquier intento para organizar un encuentro de esa magnitud, con tantas lenguas diferentes sin conocer ninguna podría resultar en un encuentro babélico. Quedó claro para el gobernador que la única figura capaz de organizar y realizar ese acontecimiento era Don Samuel Ruiz, o Tático de todos los indios de Chiapas.

Don Samuel Ruiz y la estructura de la diócesis de San Cristóbal consiguieron reunir durante una semana a más de 2.000 delegados de todas las comunidades indígenas de Chiapas. Gracias a la precisa organización del I Congreso Indígena, los delegados pudieron reunirse en secciones específicas para discutir en profundidad, y por primera vez democráticamente, todos los puntos de la pauta hecha por las bases de sus



comunidades para ese encuentro. Los temas abordados fueron agrupados en cuatro cuestiones fundamentales: 1. La cuestión de la tierra, 2. El problema de la salud, 3. La libre comercialización de sus productos y, 4. Educación. En estos cuatro puntos reunidos en aquel Congreso de 1974 ya se puede notar el germen de los diez puntos que, casi diez años después, los zapatistas levantarían como bandera de sus reivindicaciones.

Finalizado el Congreso, las autoridades mexicanas consideraron su trabajo y compromiso cumplidos, pero nada más hicieron para tratar de minimizar los padecimientos manifestados por las comunidades indígenas. Fue justamente en este vacío institucional dejado por la inoperancia de las autoridades que, lentamente, la diócesis de San Cristóbal fue ocupando los espacios que el estado no ocupaba, penetrando en las profundidades de la selva. Atenta a las demandas de las comunidades indígenas, la diócesis fue organizando y estructurando una red de atención a las comunidades indígenas que superaba en mucho el ámbito meramente pastoral. En realidad, la estrategia de la diócesis no fue simplemente disponer de su acción pastoral para prolongar su área de influencia directamente (en el año de 1975 se inicia el diaconato indígena),<sup>7</sup> sino organizar ecuménicamente a la sociedad civil para llenar aquel vacío con diferentes instrumentos e iniciativas de acción, eso sí, bajo el auspicio, la organización, la orientación y el inestimable apoyo de la Iglesia de Chiapas. De ese modo, bajo el activo comando de Don Samuel Ruiz, fueron creadas diferentes tipos de estructuras (organizacionales, políticas, jurídicas, educativas, de salud, de

<sup>7</sup> Aparentemente el diaconato indígena se inicia para contraponerse al efecto de los grupos políticos venidos del norte y que pretendían organizar las comunidades mediante la influencia religiosa. Según el sacerdote jesuita Mardonio Morales, el objetivo de esos grupos era controlar los agentes de la pastoral. Mediante el sistema de Política Popular, entregaban toda la autoridad a la decisión de las asambleas. “Lo que nosotros no sabíamos –asegura Mardonio– era que se ponían de acuerdo para manipular las asambleas, incluyendo a los jesuitas, dominicanos, misioneros del Sagrado Corazón y al clero secular”. Ver Guillermo Correa, “Hay guerrilleros en Chiapas desde hace ocho años; grupos radicales infiltraron a la Iglesia y a las comunidades”, revista *Proceso*, 880, 13 de septiembre de 1993, pp. 12-15.

asesoramiento para el desarrollo económico, obviamente pastorales, etc.) que, en la medida en que fueron penetrando en las diferentes comunidades indígenas, constituyeron un cerrado tejido que cubría toda la región indígena. Este tejido funcionó en las dos direcciones: internamente a las comunidades, brindando apoyo político, económico, cobertura jurídica y espiritual, organizando las comunidades tanto administrativa como políticamente; externamente, reuniendo, almacenando y distribuyendo la producción indígena para ser vendida en los mercados de las ciudades.

La Iglesia de Chiapas también fue responsabilizada de hacer la mediación política entre los grupos armados marxistas-leninistas y maoístas remanentes de las décadas del sesenta y setenta, la resistencia de la guerrilla guatemalteca que había migrado para el sur de Chiapas, corrida por la férrea represión del ejército guatemalteco, y los varios grupos indígenas de la región del sur de México. Algunos autores apuntan a la acción pastoral de la diócesis de San Cristóbal, practicada fundamentalmente por los catequistas indígenas, como el vector principal de esa extensa articulación. Carlos Tello Díaz<sup>8</sup> va un poco más lejos y apunta directamente a Jorge Santiago (alias "Jacobo"), actual coordinador de la oficina de Desarrollo Económico y Social de los Mexicanos Indígenas (DESMI) como el encargado de crear y mantener activo este vínculo entre la iglesia y la guerrilla.<sup>9</sup> De algunos sectores de la iglesia (predominantemen-

<sup>8</sup> Carlos Tello Díaz, *La rebelión de Las Cañadas*, México, Ed. Cal y Arena, 1995. Aquí este autor indica a Jorge Santiago, alias *Jacobo*, como perteneciente a la organización armada Frente de Liberación Nacional (FLN). Para Díaz, "Su (las FAL) contacto más importante con el estado era, sin dudas, el compañero *Jacobo*" (p. 82). Según este autor, desde el otoño de 1983, *Jacobo* se relacionaba con Gloria Benavides, alias *Elisa*, que militaba en la guerrilla. Para Díaz, "*Elisa* era, por su relación con *Jacobo*, el vínculo de la dirigencia de los insurgentes con la diócesis de San Cristóbal" (p. 95) y "el obispo de la diócesis de San Cristóbal mantenía conversaciones más o menos regulares con la dirigencia del EZLN por medio de *Elisa*, la compañera de Jorge Santiago" (p. 107).

<sup>9</sup> Personalmente no conseguí confirmar la versión ofrecida por Carlos Tello. Por el contrario, en la entrevista que me concedió Jorge Santiago en la sede de la institución que dirige, Desarrollo Económico Social de los Mexicanos Indíge-

te de los jesuitas), también partieron algunas denuncias de esa alegada vinculación.<sup>10</sup> Algunas de esas denuncias afirmaron categóricamente que la iglesia y las autoridades estatales y federales tenían conocimiento sobre la movilización de tropas nacionales y de algunos grupos guerrilleros en la zona de Los Altos algunos meses antes del histórico 1° de enero de 1994.<sup>11</sup> Premonitoriamente, en un comunicado fechado el 31 de diciembre de 1993, a pocas horas del inicio de las acciones armadas que darían la férrea conducción a la declaración de guerra zapatista, Don Samuel Ruiz advertía que,

A la apatía de las instancias responsables en el ámbito de la promoción social, a la irresponsabilidad de quienes desde el ámbito del servicio al bien común se hacen sordos a tanto dolor humano, a la injusticia estructural e individual crecientes; a la frustración y la angustia de quienes roen su miseria, o son

---

nas (DESMI), negó todas las informaciones que ofrece en su libro Díaz, no sólo respecto del papel de contacto entre la diócesis y la guerrilla que éste le atribuye, sino también a muchas otras informaciones colocadas en su libro. En realidad, este libro fue bastante criticado por varias personas que tuve oportunidad de entrevistar: casi todos consideran a este autor un oportunista, situacionista y chocan sospechas sobre la forma en cómo consiguió las informaciones. Posteriormente, la coordinadora del DESMI, a quien entrevisté en varias oportunidades, confirmó la versión de Jorge Santiago alegando que éste, en aquel momento, estaba casado con la única mujer que lo acompañó en su vida.

<sup>10</sup> Fueron particularmente difundidas las declaraciones del jesuita Mardonio Morales, primeramente a algunos periódicos locales y posteriormente a la prensa nacional, a través de la revista *Proceso*. Ver el artículo ya citado de Guillermo Correa, “Hay guerrilleros en Chiapas desde hace ocho años; grupos radicales infiltraron a la Iglesia y a las comunidades”. En la entrevista el padre jesuita afirma que: “He dicho claramente: en la diócesis hay gente comprometida con la cuestión armada. Agentes de pastoral que están –nunca ofrece nombres– comprometidos en cuestiones políticas, y ‘eso es algo que yo (Don Samuel Ruiz) no puedo aceptar’. Ahora yo creo que la situación lo sobrellevó. Pero de eso a concluir que él fue el organizador, eso es otra cosa”, p. 15.

<sup>11</sup> Además de aparecer noticias variadas en algunos periódicos regionales y nacionales, la revista *Proceso*, en su ejemplar número 866, del 7 de junio de 1993, firmado por Guillermo Correa, publicó el artículo “Infantería, tanquetas, helicópteros y paracaidistas, en los combates de Ocosingo” (pp. 18-21).

violentamente aplastados al unirse legítimamente para sus reclamos sociales, están cargando nubes que presagian tempestades.<sup>12</sup>

Tal vez el obispo realmente desconociese, en aquel momento, que las primeras gotas que engordaban aquellas nubes con su oscuro manto de presagio ya humedecían las primeras luces del año que anunciaba, pues ya en los primeros momentos del primer día del nuevo año Don Samuel declaraba, junto a los otros dos obispos de Chiapas que, “nos percatamos en la madrugada de este día primero (...) de que la Presidencia Municipal de la Ciudad de San Cristóbal fue tomada por el autodenominado ‘Ejército Zapatista de Liberación Nacional’”<sup>13</sup> y con un peligroso y contradictorio balance condenaban y justificaban los acontecimientos: “No admitimos pues el levantamiento armado ni el recurso a la violencia; pero [este acto] debe servir como advertencia del peligro que significa el abandono de los grupos marginados”.<sup>14</sup>

También en ese mismo primer día del conflicto armado, en que los documentos se sucedían con la misma velocidad que el traqueteo de las ametralladoras, el gobierno del estado de Chiapas, mediante su segundo boletín, que circuló durante la noche, acusaba oficialmente a algunos sacerdotes católicos identificados con la Teología de la Liberación, y a sus diáconos, de estar vinculados directamente a los guerrilleros, facilitando el apoyo logístico con el sistema de radiocomunicación de la

<sup>12</sup> CONAI (Comisión Nacional de Intermediación), *Archivo Histórico: Comunicados de la Comisión Nacional de Intermediación*, Serie: “Senderos de Paz” Cuaderno No. 1. Chiapas, Impretei, 1999. Contiene: “Comunicados de la Comisión Nacional de Intermediación de 1994 a 1998”, “Resurrección de la conciencia” y “La CONAI ante la crisis del proceso de Paz”. La cita corresponde al primer documento, p. 2.

<sup>13</sup> En “Mensaje de los obispos de Chiapas a propósito de los acontecimientos que se sucedieron en varios Municipios de Chiapas el 1º de enero de 1994”, firmado por Felipe Arizmendi E., obispo de Tapachula; Samuel Ruiz G. obispo de San Cristóbal de Las Casas y Felipe Aguirre F., obispo de Tuxtla Gutiérrez, en CONAI, *op. cit.*, pp. 3-4.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 4.

Diócesis de San Cristóbal. En ese mismo documento el gobierno acusaba al Secretario Ejecutivo del Centro de Derechos Humanos “Fray Bartolomé de Las Casas”, R.P. Pablo Romo Cedano, de comandar el EZLN y de estar presente en los momentos en que el grupo guerrillero transmitía la proclamación en una emisora de radio. Con estas denuncias, la Diócesis pasa a la defensiva y, por intermedio de la Comisión de Prensa, ya en el día 2 de enero anuncia que,

Ni ahora, ni antes, ni en ningún momento la Diócesis de San Cristóbal de Las Casas ha promovido entre los campesinos indígenas el uso de la violencia como medio para solucionar sus demandas sociales y humanas ancestrales. Menos todavía ha mantenido ningún tipo de relación operacional y mucho menos institucional con esas organizaciones armadas que propugnan una solución violenta. Ni siquiera cuenta [la diócesis] con un sistema de radiocomunicación.<sup>15</sup>

Desde un primer momento, las diligencias de Don Samuel Ruiz se orientaron para conseguir un cese del fuego que detuviese las acciones que desangraban Chiapas. La febril actividad que desarrolló durante esos primeros días, buscando cualquier alternativa que pudiese abonar la pretendida paz, sus idas y venidas para encontrarse con los principales actores de ambas partes en guerra, lo colocaron rápidamente en la posición de constituirse en el mediador natural del conflicto. El reconocimiento de la estatura de su personalidad, que lo habilitaba como, tal vez, la única persona con condiciones aceptables para terciar y mediar entre las partes beligerantes del conflicto, contando con la confianza de ambas. El papel de mediador, así, no demoró en tornarse formal. La propuesta para que intercediese en el conflicto armado se hizo pública en la edición del día 8 de enero de 1994

<sup>15</sup> “Comunicado de la Diócesis de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, ante las afirmaciones del segundo comunicado del gobierno del estado de Chiapas, dado a conocer la noche del sábado 1 de enero de 1994”, en *Comunicados*, p. 5.

en el periódico *La Jornada*, de México, DF. Sin demoras, en el mismo día, Don Samuel Ruiz ofrecía su respuesta:

Dado el dolor de nuestro pueblo por los acontecimientos que están conmocionando a Chiapas, a nuestra Patria y al Mundo entero, y consciente de la inaplazable necesidad de dar pasos concretos hacia una *Verdadera Cimentación de la Paz*, (...) acepto la propuesta de fungir como Mediador.<sup>16</sup>

A partir de ese momento, Don Samuel Ruiz se mantuvo al frente de los diálogos y de las negociaciones, que no siempre resultaron fáciles. Muchos fueron los pasos de ese proceso que aún reclama un estudio académico profundo. Desde las primeras aproximaciones entre las partes, los Diálogos de la Catedral, la formación y posterior ampliación de la Comisión Nacional de Intermediación (CONAI) y su melancólica disolución final, en 1998, muchas fueron las amenazas a su vida y a su familia, las tensiones, los fracasos, los avances y los retrocesos, el cansancio de todos los involucrados, la impaciencia de los más exaltados, la voracidad de los mercaderes de la guerra siempre revoloteando sobre la crisis. Pero, por sobre todo y todos, la figura de Don Samuel Ruiz García proyectó la firmeza de la esperanza, de la paciencia y de la fe irrenunciable en el camino de la paz.

Por estas cualidades, de pacificador y negociador, me sorprendió haberlo ofendido cuando le pregunté cándidamente, durante la entrevista que me concedió con exclusividad, si a él no le parecía oportuno que, en aquel momento electoral de 1999, el EZLN anulase la Declaración de Guerra de la Selva Lacandona como forma de retomar la iniciativa política y forzar a la dirigencia política del Gobierno Federal a retornar al diálogo:

—¿Adónde quieres llegar con esa pregunta? —me inquirió visiblemente irritado para agregar con vehemencia—: los zapatistas

<sup>16</sup> En el Boletín de Prensa "Aceptación de Mediación", en CONAI, *op. cit.*, p. 7 (cursivas en el original).

no pueden levantar esa declaración porque ella no le pertenece al EZLN. Ellos solamente la formularon, pero esa declaración es histórica: ella rompe con un silencio que perdura 500 años y al que los pueblos que aquí ya vivían fueron condenados. Ella es la retomada de una historia sangrientamente truncada por el invasor europeo.

Después de algunos intentos por anular la entrevista y no sin obligarme a usar el arte de la persuasión, finalmente, aceptó concederme un poco más de una hora de su disputado tiempo que ocupó con una voz firme, clara y enérgica en su oficina de la Diócesis de San Cristóbal. Mi inocultable inexperiencia como historiador de la llamada “historia oral”, o mi ignorancia de las técnicas propias del periodismo, tal vez consigan justificar –ya que es inexplicable– el imperdonable accidente técnico: el pequeño (y desde aquel momento odiado) grabador que nos separó durante el tan esperado encuentro se negó a funcionar. Nunca había sucedido ni volvió a acontecer. Abatido por el contratiempo y ya de retorno al Distrito Federal, reconstruí la entrevista con mis anotaciones y el subsidio de la memoria. Posteriormente envié esta reconstrucción, con las explicaciones del caso, a Don Samuel Ruiz para su corrección y autorización para publicarla.<sup>17</sup> Obviamente, la estructura del texto

<sup>17</sup> La carta con la cual encaminé el manuscrito para Don Samuel Ruiz es la siguiente:

México, D.F., 26 de mayo de 1999.

Señor obispo de la Diócesis de San Cristóbal de Las Casas

Don Samuel Ruiz García

Estimado Señor,

Vengo por este medio a presentarle para su consideración, la versión “reconstruida” de la entrevista que usted me ofreció en su diócesis el sábado 1° de mayo de 1999.

Como creo haberle aclarado en aquella oportunidad, lamentablemente no soy periodista, ni siquiera un historiador de la llamada “historia oral”, ambos acostumbrados a las técnicas e instrumentos de la entrevista. Soy apenas un filósofo y el resultado no podía ser otro: atenazado por los nervios y embargado por la emoción del crucial encuentro, no presté la debida atención, no verifiqué y no percibí que el grabador no estaba funcionando. Tratar de explicarle

no es la de una entrevista ni podría serlo y por ella asumo completa responsabilidad. Mucho de su mensaje está irremediablemente perdido, sus palabras resistieron al esfuerzo mnemotético y, sin quererlo, tal vez hayan sido sustituidas por otras. Sabiendo que la reconstrucción de su discurso era imposible, intenté ser implacablemente fiel con su pensamiento. Creo que en esto fui feliz, pues las correcciones que Don Samuel realizó al texto fueron mínimas y básicamente de redacción. El resultado de ese trabajo es el que ahora aquí presento.

### **La entrevista con Don Samuel Ruiz García, obispo de la Diócesis de San Cristóbal de Las Casas**

#### **El sujeto histórico que emerge del conflicto**

No soy ni fui una figura central del conflicto de Chiapas, simplemente me tocó estar en el centro de los acontecimientos. Pero hay que distinguir muy bien, porque de ninguna manera es lo mismo ser una figura central que *estar* en el centro de los

---

la desesperación, la angustia y posterior depresión que me provocó la constatación del error primario escaparía al propósito y dimensión de esta carta, que también sería pequeña para contener mis disculpas por el tiempo que le tomé.

Recuperado de la frustración recompuse mis vagos recuerdos de aquella accidentada entrevista tratando de ser lo más fiel posible, cuando no a sus palabras, por lo menos a su pensamiento. Consciente de que mucho de su mensaje fue irremediablemente perdido, aquí le presento el resultado de este ejercicio que coloco a su disposición para la corrección, adición o retiro de todo lo que usted considere oportuno, comprometiendo mi palabra de no usar este material hasta no tener su visto bueno o de no usarlo jamás si en él usted no reconoce su pensamiento. La estructura del texto, que no es, ni podría ser, el que corresponde a una entrevista, también la someto a su apreciación y juicio.

Si usted prefiere concederme otra vez su precioso tiempo, tendré renovado placer en trasladarme hasta San Cristóbal cuando usted así lo disponga. Quedo a la espera de su respuesta que puedo recibir a través de Miguel Álvarez Gándara, quien con la voluntad de siempre se ofreció intermediar.

Renovando mis votos de respeto me despidió atentamente.



acontecimientos. Las figuras centrales, los actores históricos motivan, provocan, son causas de los procesos históricos. Yo no fui causa de nada, no fui actor, apenas serví como medio para aproximar a las partes, a los actores, a las verdaderas figuras de los sucesos. El papel que me tocó cumplir fue simplemente el de medio neutral y confiable para viabilizar el diálogo entre las partes que sí eran los verdaderos actores.

Hay un verdadero sujeto de todos estos acontecimientos históricos, un nuevo actor que emerge después de quinientos años de aplastamiento. Un aplastamiento que no fue sólo militar, ni meramente económico y social, sino y sobre todo, cultural. Desde la histórica declaración de guerra del 1° de enero de 1994 este actor vuelve a recuperar su espacio en el escenario político regional, nacional e internacional. Él emerge de aquel aplastamiento, de aquella postergación histórica, no para solicitar nada, no para pedir nada, ni en una posición de sumisión, sino más bien como un sujeto soberano y activo, para ofrecer soluciones revolucionarias para algunos de los problemas que no fueron ellos que crearon, sino que le fueron impuestos por los europeos. Las soluciones que vienen a ofrecernos son de una novedad ancestral, son propuestas propias de su cosmovisión, que siempre estuvieron en su cultura de comunión con la naturaleza pero que fueron aplastadas. A partir de su cosmovisión ancestral, de sus históricos valores comunitarios, el indígena propone ingeniosas soluciones para muchos de los problemas actuales, no sólo regionales o nacionales, sino de toda la humanidad. El indígena emerge de 500 años de aplastamiento y postergación para proponer soluciones, presentando sus valores comunitarios como una novedosa solución a los problemas globalmente difundidos por la aplicación generalizada del recetario neoliberal y de los valores de la posmodernidad. A la globalización de los valores del individualismo, a la competición destructiva, la cultura indígena se opone proponiendo soluciones comunitarias, fraternas y cooperativas adaptadas al medio y a la realidad social actual.

## **La universalidad de un conflicto regional**

Este conflicto no es local ni regional. Él es nacional, es continental y es mundial. Este conflicto es apenas otro indicador más del agotamiento del sistema y no fueron los indios que agotaron este sistema. No va a ser este gobierno u otro que venga a resolver las causas del conflicto porque ellas están más allá del alcance y de las posibilidades de un gobierno. El problema es estructural y las causas de este conflicto hay que buscarlas ahí, pues ellas son estructurales. Recuerdo una oportunidad en que visitaba una comunidad indígena en la víspera de unas elecciones de autoridades, en esa oportunidad me dirigí a un integrante de la misma y le pregunté: “bueno, y a ti qué te parece que va a acontecer con estas elecciones”, a lo que el indígena me respondió: “Señor obispo, qué importa quién va a ser el jinete cuando el problema está en el caballo”.

Por otro lado, el conflicto que gana las primeras páginas de los periódicos el 1° de enero de 1994, no surge en esa fecha. En ese momento el indígena da su grito de “¡Basta!” a tantos años de aplastamiento y postergación de sus reivindicaciones. Lo que acontece en esa fecha es que el conflicto asume una fase bélica, pero el conflicto que da sustento y explica esa manifestación militar viene de lejos. Si no fuese por ese grito marcial de 1994 el conflicto continuaría mudo para la mayor parte de la población del mundo. Por eso esa declaración de guerra es histórica, porque justo en el momento en que México firmaba el Tratado de Libre Comercio (TLC) aquella declaración colocaba de manera irreversible el conflicto sobre la mesa para que todos viesan. Por otro lado y para mostrar cómo las causas del estallido de la guerra dependían de la situación internacional, basta mencionar que los tres principales municipios que se levantaron en armas en aquella fecha son eminentemente cafeticultores y la coincidencia del levante con un momento de aguda caída del precio internacional del café. Hay que destacar que no es en Chiapas donde se define el precio internacional del café. Por lo tanto, si no es casual la sintonía entre la caída del precio del café y la insurgencia de los municipios cafeticul-

tores, se puede concluir que no todas las causas del levante armado zapatistas son meramente regionales. El problema no es simplemente regional, ni nacional. Dudo que el resultado de las elecciones del 2000 pueda mejorar radicalmente la difícil situación regional y nacional, pues el problema de fondo no es simplemente de administración gubernamental: el problema es sistémico y se trata del agotamiento del sistema.

### **La solución: un desafío cultural**

Las soluciones a la mayor parte de los problemas que enfrentan las comunidades indígenas se encuentran en las culturas nativas. Pero estas respuestas a los desafíos del medio no fueron vistas antes, ni podían ser vistas por los europeos por la ceguera del prejuicio con que siempre observaron la cultura, la forma de vida y los valores de los pueblos indígenas en particular y de toda forma cultural no europea en general. Las soluciones fueron ignoradas por la imposibilidad de comprender, desde la cultura europea de la época, la sofisticación cultural que encontraron en estas tierras, por la incomprensión del grado de desarrollo que había alcanzado la cultura indígena. Cegados por el oro fácil, no consiguieron ver los significativos aportes (en tecnología, ciencia, arte) que podrían haber incorporado de estas culturas, como tampoco percibieron las soluciones que la cultura indígena había encontrado para resolver los problemas que la vida en estas tierras implicaba. Los europeos no sólo sometieron a los indígenas militarmente y los subyugaron económicamente, sino que también aplastaron sus creencias religiosas, sus avances científicos y su desarrollo tecnológico, su particular visión del mundo, su comunión con el medio ambiente, su relación con la naturaleza y con sus semejantes, etcétera.

### **La expresión militar del conflicto**

La manifestación bélica del conflicto no tiene en el vector militar su mayor importancia, su verdadero peso estratégico. La expresión militar del Ejército Zapatista de Liberación Nacional

(EZLN) es prácticamente nula. No es en este aspecto que reside su fuerza. La fuerza del movimiento encabezado por el EZLN reside en su moral y en la justicia de sus reivindicaciones que todo el mundo reconoce y que el gobierno mismo reconoció. En contrapartida, la debilidad de su enemigo, es decir, del Gobierno Federal y del Ejército Nacional Mexicano (ENM), está en saber que están en la causa errada, desde el momento en que el propio gobierno admite la justicia de las causas que motivaron el levante armado y acepta la implementación de sus reivindicaciones. Este hecho es el que permitió discutir, en el momento de las negociaciones, no sólo la pacificación, sino también (y esto torna el proceso de negociación de este conflicto inédito en la historia de las negociaciones de guerra) las causas que desataron la insurrección indígena zapatista. Si el gobierno aceptó la justicia de las causas que antecedieron y provocaron el conflicto, si concordó en que ellas habían sido injustamente olvidadas y postergadas en la agenda nacional, ahora no podía recusarse a discutir las causas como forma de resolver definitivamente el conflicto, tanto en sus orígenes, como en su manifestación armada, es decir, la conclusión de las negociaciones, el desarme final y el retorno a la paz.

Me opongo radicalmente a la violencia que, así como al odio, considero irracional. Esta posición de principios no significa que no comprenda la manifestación armada zapatista o que no crea que ella pueda ser racionalmente explicada. Si es posible reconocer y exponer de manera racional las causas que motivaron el conflicto, obviamente también será posible ofrecer la explicación a la violencia del conflicto de manera racional. Pero de ninguna manera será la explicación a la violencia, por más racional que pueda ser, la que confiera racionalidad a la violencia explicada: la violencia es y seguirá siendo un medio esencialmente irracional de dirimir diferencias.

### **La fe es el camino para la paz**

Considero que la luz para la resolución de este conflicto, y como la de todos los conflictos, es la fe. Insisto en que el camino

es el de la paz y no el de la guerra, el de la construcción y no el de la destrucción, como aquel propuesto y que estaba siendo llevado a cabo por la comunidad de Las Abejas. Esta comunidad estaba consiguiendo prosperar por el camino de la construcción, del amor y de la paz. Justamente por eso el Gobierno, el ENM y los grupos paramilitares que operan en la región, no podían dejar que su éxito se transformase en el ejemplo de construcción en paz y trataron de hacer de ella un escarmiento, un muestrario de horror de lo que acontecería con todos aquellos que no se encajasen en el sistema de la situación. Sin embargo, la matanza de Acteal, lejos de ser un escarmiento para las comunidades indígenas, se transformó en un símbolo regional, nacional e internacional de la lucha contra la violencia, contra el paramilitarismo y contra la impunidad del gobierno en la región. La imagen de la violencia de Acteal recorrió e indignó al mundo por la saña sanguinaria y la crueldad gratuita con que fueron cobardemente asesinados mujeres, niños y viejos de aquella pacífica comunidad profanando su oración y su ayuno por la paz. Pero, lamentablemente, la matanza de Acteal no fue la apoteosis final de la violencia genocida: en realidad era solamente el inicio de una escalada de terror de la estrategia de contrainsurgencia del gobierno, a través de la táctica irreversible del paramilitarismo, contra los municipios autónomos y los simpatizantes de la causa zapatista.

### **La declaración de guerra es histórica**

*[Cuando le pregunté al señor obispo, Don Samuel Ruiz, si la eventual retirada de la declaración de guerra por parte del EZLN no podría ser una buena iniciativa para obligar al gobierno a reanudar los diálogos para la paz, él respondió que el EZLN ha dado sus razones para no retirarla:]*

En primer lugar, explicó, por qué las causas que motivaron el levantamiento armado y la consecuente declaración de guerra, a pesar del reconocimiento de su justicia por parte del gobierno y su compromiso por atender los reclamos para disminuir las tensiones en la región, aún permanecen integral-

mente vigentes. Nada ha cambiado en las condiciones iniciales que propiciaron aquella histórica decisión y, en cierto sentido, algunas empeoraron. La atención que el estado dedicó a la región de Chiapas a través de subsidios económicos, fue menos en el sentido de solucionar aquellos problemas, y más para viabilizar la estrategia de guerra de contrainsurgencia dividiendo y confrontando a las comunidades. Los apoyos económicos a las regiones en conflicto no se destinaron a resolver las carencias que generaron las justas demandas, por el contrario, objetivaron sembrar el odio, crear la discordia y dividir a los miembros de las comunidades.

En segundo lugar, porque esa declaración es histórica e irreversible. Ella es el “¡ya basta!”, es la palabra de los silenciados, de los que permanecieron aplastados y en silencio durante 500 años, y esa palabra fue dicha de una vez y permanecerá dicha para siempre. Esa palabra es la recuperación de la voz y del lugar histórico de los indígenas en su papel protagónico, como sujetos activos de su propia historia que les pertenece. Esa declaración de guerra es también su manifestación existencial a partir de la cual ya no podrán dejar de ser tomados en cuenta en cualquier cálculo político nacional.

En tercer lugar, porque el EZLN ya había dado muestras de su vocación pacifista al no estar usando las armas y en su decisión de aceptar el diálogo y la intermediación aprobando y respetando las normas de la negociación, así como las disposiciones expresas en los documentos acordados. Ya habían aceptado y respetado los Acuerdos de San Andrés, que el gobierno, a pesar de haber sido representado directamente en las firmas, no aceptó; posteriormente el EZLN aceptó la propuesta de la COCOPA, que ya estaba lejos de su propuesta inicial y de lo acordado en San Andrés, pero que ambas partes, gobierno y EZLN, resolvieron y concordaron en que la aceptarían sin modificaciones y como documento final, pero el gobierno otra vez no lo aceptó. En contrapartida, el gobierno inició su estrategia de contrainsurgencia de manera directa contra los municipios zapatistas e indirectamente por el terror organizado por los grupos paramilitares.

Finalmente, si el gobierno rasgó todos los acuerdos decididos en las mesas de negociación, si no cumplió con las resoluciones de la Primera Mesa de San Andrés que él mismo ya había firmado a través de sus representantes, si ignoró todo lo firmado y acordado, si más bien se procura la rendición incondicional del EZLN colocando nuevamente a las comunidades indígenas de rodillas, ¿por qué los zapatistas confiarían en él y levantarían la declaración de guerra?

### **Chiapas: la cotidianeidad de una guerra**

La situación que se vive hoy en la región de Chiapas es de guerra, de represión, de humillación, de marginación, de éxodo, de violencia, de dolor, de desasosiego. El ejército se encuentra distribuido en la región creando una atmósfera de guerra permanente, penetra en los municipios autónomos y en las comunidades de apoyo a la causa zapatista de manera peligrosamente provocadora. El Centro de Derechos Humanos "Fray Bartolomé de Las Casas" es una caja de resonancia de las constantes denuncias sobre las reiteradas violaciones de los derechos humanos.

Pero también estamos viviendo una situación de renovación de la Fe y de la esperanza en el futuro. Las comunidades indígenas saben que han comenzado una larga caminata, que están a mitad de camino y que muchas veces éste se torna doloroso, pesado, oscuro y parece no llevar a ningún lugar, no tener fin. Entonces el caminante se siente cansado, solo y desamparado en la mitad de su camino, pero finalmente renueva sus fuerzas en la fe. Porque sabe que la recompensa por la lucha y el esfuerzo lo espera al final del camino. Para ilustrar esta situación penosa y transitoria, nada mejor que recordar que, cuando Moisés retiró al pueblo judío de Egipto y lo dirigió hacia el desierto, en el medio del camino, cuando ya no había más comida para comer ni agua para beber, también cundió el miedo y la desesperanza, pero finalmente la Tierra Prometida sería el premio a su lucha y perseverancia. ♦